

México, ¿un país de tramposos?

Humberto Musacchio

Bancomer y Serfín aceptan que lavan dinero, diputados locales del PRI y el PAN metieron en la urna más de una papeleta al votarse un asunto en la Asamblea Legislativa del DF, las autoridades de la UNAM afirman que la institución está muy pobre, pero gastan una fortuna en propaganda; la Conasupo es un pudridero y el gobierno la suprime para sepultar los fraudes; los comicios en Guerrero y Quintana Roo son más turbios que las aguas del Gran Canal; de la PGR y el Cisen salen informaciones que inculpan a Mario Villanueva, pero contra él no existe orden de aprehensión; las elecciones internas del PRD son un amplísimo muestrario de trapacerías y, en fin, ante toda esa mugre es obligado preguntar si somos un país de tramposos.

Cuando en las alturas del poder y el dinero reiteradamente se recurre a la chapa, es del todo explicable que las engañosas se conviertan en una característica de la vida social, de los intercambios cotidianos, de la relación entre el marco legal y el proceder real. Eso explicaría nuestra propensión a meternos indebidamente en la cola del cine, a soltar una dádiva para obtener mesa en un restaurante o a pasarle una corta al agente de tránsito para que no nos multe.

La vida mexicana parece marcada por la corrupción. Lucas Alamán, tan brillante él, le mostró el camino a Hank González y otros próceres que han engordado sus negocios privados con el ejercicio del poder público. El erario ha sido objeto de saqueo por numerosos gobernantes ladrones y sólo ha escapado a este sino perverso la generación de la Reforma, aunque sus prohombres hicieron rentables inversiones en empresas a las que ellos mismos otorgaban concesiones. Porfirio Díaz renunció a la Presidencia con una muy considerable fortuna, pero no se llevó en el Ipiranga el tesoro público, quizá porque la costumbre del poder lo alejó de la cleptocracia y le imbuyó una visión patrimonialista de los recursos públicos: si estaban a su disposición, ¿qué caso tenía robárselos?

A los presidentes posrevolucionarios, el requisito de la no reelección los hizo sumamente ahorrativos, pues con la excepción de Adolfo de la Huerta y Pascual Ortíz Rubio, cada uno de ellos re-

unió lo suficiente para una vejez sin estrecheces y un futuro bonancible para sus viudas y sus hijos. Algunos incluso resultaron verdaderos genios de los negocios y su apellido figura hoy en numerosas firmas industriales, financieras, comerciales y de servicios.

Los empresarios desde siempre se quejan de la corrupción de los políticos, pero la fomentan, pues las "comisiones" son con frecuencia la única vía para convencer a un funcionario de que les otorgue un contrato para la prestación de un servicio, la ejecución de una obra o la adquisición de bienes. Y no se crea que estas corruptelas se dan únicamente en la relación Estado-empresa. En los tratos entre empresas florece también la corrupción, como lo sabe todo aquel que quiera vender algo a las tiendas de auto-servicio.

La corrupción gerencial tiene entre sus preocupaciones principales la evasión fiscal, que se logra mediante donaciones a membretes que permiten la deducibilidad, la facturación falsa, las nóminas y listas de raya abundantes en empleados desconocidos, muertos o despedidos.

Por supuesto, el amplio catálogo de modalidades que adopta entre nosotros el cinismo no autoriza a hacer generalizaciones, las que siempre son injustas. Hay corrupción, pero no todos los funcionarios públicos -ni siquiera todos los priistas- son corruptos, como tampoco lo son todos los empresarios ni todos los automovilistas. La mayoría de los mexicanos simplemente es víctima de la inmoralidad. Nada más.

Por eso resulta decepcionante que los partidos de oposición, especialmente el PAN y el PRD, que son la más viable opción de cambio, incurran en actitudes tramposas, en primer lugar con ellos mismos y desde luego con el conjunto de los ciudadanos. Por eso también importa situar las cosas en sus justos términos para no acabar haciendo tabla rasa.

Lo ocurrido en las elecciones internas del Partido de la Revolución Democrática tiene aspectos que deben ser reprobados sin rodeos y otros, no despreciables, que merecen una explicación,

pues no se trata precisamente de burlas a la normatividad, sino de deficiencias organizativas, de descuidos reprobables y de malas decisiones, no de fraudes.

Los dirigentes del PRD han prometido castigar severamente a los mapaches domésticos, a los fulleros y sinvergüenzas que han hecho con alarmante exactitud lo que aprendieron del PRI. Muchos ciudadanos esperamos que se cumpla con el castigo, independientemente de lo encumbrado que esté el autor de las tropezadas, de las influencias que tenga y de la amenaza que signifique.

Hay otro tipo de responsabilidad que no implica la comisión de fraudes, pero que evidentemente los propició. Se trata del descuido de los dirigentes partidarios, de la manga ancha con los amigos y miembros de las corrientes afines. Porfirio Muñoz Ledo acusa a Cuauhtémoc Cárdenas de meter mano en la elección de dirigentes. Para ser precisos, de lo que puede acusar al jefe del Gobierno capitalino es de mostrar indirectamente sus simpatías por uno u otro candidato, y sabida la influencia de Cárdenas, eso es bastante para modificar el resultado de una elección en el partido aurinegro. Es obvio que cualquier dirigente tiene el derecho de mostrar sus simpatías, lo malo es que en ocasiones el más leve gesto se interpreta como una orden terminante que ha de cumplirse por encima de lo que sea. Parece que eso sucedió en un sector del perredismo.

Hasta donde sabemos, los órganos colegiados del PRD habían acordado aportar 8 millones de pesos para los comicios internos. Al parecer sólo se entregaron 2 millones y la falta de fondos fue causa de numerosas deficiencias de orden técnico, incluida la falta de capacitación de los comités de casilla, la no instalación de las urnas en los lugares acordados, la insuficiencia de boletas y la ausencia de una vigilancia eficaz. ¿Quién le regateó dinero a la elección? ¿López Obrador? Que se diga.

De acuerdo con un amplio número de perredis-



Reside en el D.F. Realizó estudios de Economía en la UNAM. Periodista de profesión, colaborador de diversos medios nacionales como REFORMA, Siempre y Voz y Voto, entre otros.

tas, otras elecciones habían estado igualmente plagadas de irregularidades, incluida la que llevó a López Obrador a la presidencia del partido. Pero entonces fue tan amplia la diferencia de votos que era ocioso protestar. Ahora no. La estrecha diferencia entre Amalia García y Jesús Ortega, cada uno con un tercio de los votos, encontró la disputa entre estos dos contendientes, al extremo de que muy tarde salieron a defender el proceso, cuando ya la opinión

pública tenía la idea de que todo era una cloaca.

Ya se ha decidido anular la elección y repetir el proceso, pese al enorme costo que implica. ¿Ahora, ya sin López Obrador en la presidencia del partido, habrá dinero suficiente? ¿Podrán limarle las uñas a los mapaches? ¿Habrá capacidad técnica para hacer unos comicios limpios? ¿Contenderán de nuevo todos los candidatos o sólo los dos o tres mejor situados en la elec-

ción anulada? En cualquier caso, gane Jesús Ortega o Amalia García, el PRD tendrá un presidente débil y un candidato presidencial fuerte, tan fuerte que nulificará al líder formal del perredismo y hará de la organización de campaña un partido paralelo o, más bien, montado sobre el otro, el que quiere apostar a la legalidad porque eso es parte de su compromiso con México. Ojalá pueda cumplirlo.

Sobre la vida en cautiverio

Poli Alatorre

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

Y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres».

Miguel de Cervantes Saavedra

Cuando mi sobrina era pequeña, un día me preguntó, «...y los presos, ¿pueden salir al patio o están todo el tiempo dentro de su jaula?»...

Ver cada noche las mismas paredes, recorrer una y otra vez el mismo pequeñísimo espacio hasta que el sueño te vence, levantarte por la mañana y salir al patio a mirar el mismo pedazo de cielo, los mismos charcos cuando llueve, la misma estrella cuando aparece; sentir el mismo viento cuando sopla, el mismo sofocante calor de verano, el mismo terrible frío de invierno; vivir la misma prisa el día de visita y la misma eternidad entre semana. Lo mismo por horas, por días, por meses, por años... Ya lo dijo aquel manchego de noble corazón y alma esperanzada, «el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» y aún así, parece que el sistema penitenciario que rige en gran parte del mundo lo hace todavía más difícil.

Se alejaron aquellos tiempos en que se encerraba a un ser humano en un calabozo y no salía de ahí sino dentro de un féretro, con el rostro cubierto de tristeza, soledad y barbas largas, no obstante, libre al fin. Prisiones subterráneas en donde morían decenas encadenados a una pared, sangrando por los

azotes y la boca tibia de sed. Sin embargo, las cosas no han cambiado del todo.

Hoy existen aún los trabajos forzados realizados por presos encadenados a la orilla de una carretera; terribles hacimientos en donde, para dormir, se paga por un espacio en el suelo; ridículos presupuestos otorgados a los directivos de los reclusorios para alimentar a su altísima población; celadores que creen tener el derecho de maltratar a los internos porque, después de todo, son delincuentes. «Que sufran», he escuchado más de una vez cuando se habla del tema. Así...sin más...sin saber ni quienes son, ni por qué están ahí, ni qué los llevó a ello, ni cuántos están injustamente. ¡Qué más da!...son presos.

El clima es tan hostil, que con razón se dice que una cárcel es la mejor escuela del crimen. No importa si robaste unas latas por hambre, es casi seguro que te tomarás violento, calculador, vengativo... porque no hay realmente un programa de rehabilitación. Un psicólogo para ¿cuántos internos?...una trabajadora social para ¿cuántas demandas?...por supuesto algunos, los menos, sí salen convertidos en hombres de bien, como aquel muchacho bienintencionado que en una historia escrita por Luis Spota es obligado a regresar al penal por haber tenido que robar para pagar lo que algunos policías con amenazas le demandaban. Aunado a



todo esto, conviven ladrones con homicidas, evasores de impuestos con violadores, malos con regulares y mejores.» No hay suficiente espacio para separarlos» se argumenta en las prisiones más pobladas.

Independientemente de los motivos que lleven a alguien a delinquir, hay quienes no pueden convivir con la sociedad por implicar un peligro para ésta, sin embargo, por qué torturarlos en vez de intentar rehabilitarlos?...por el bien de ellos y de todos. ¿Por qué hacerlos sufrir más de lo que muchos de ellos ya han sufrido desde siempre?...¿por qué, a través de los siglos, el ser humano ha sido tan cruel con el ser humano?... Cuánto se ha hablado de sistemas penitenciarios, cuántos planes para mejorarlos, cuántas luchas de defensores de los derechos humanos, cuántas demandas recibidas por Amnistía Internacional, cuántos siglos de vejaciones e injusticias...

Una prisión. Bastante castigo representa tirar las horas, pasar los años, dejar tu vida dentro de una prisión. Sí Sancho...sí... la libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; como siempre, el Caballero Andante tenía razón.